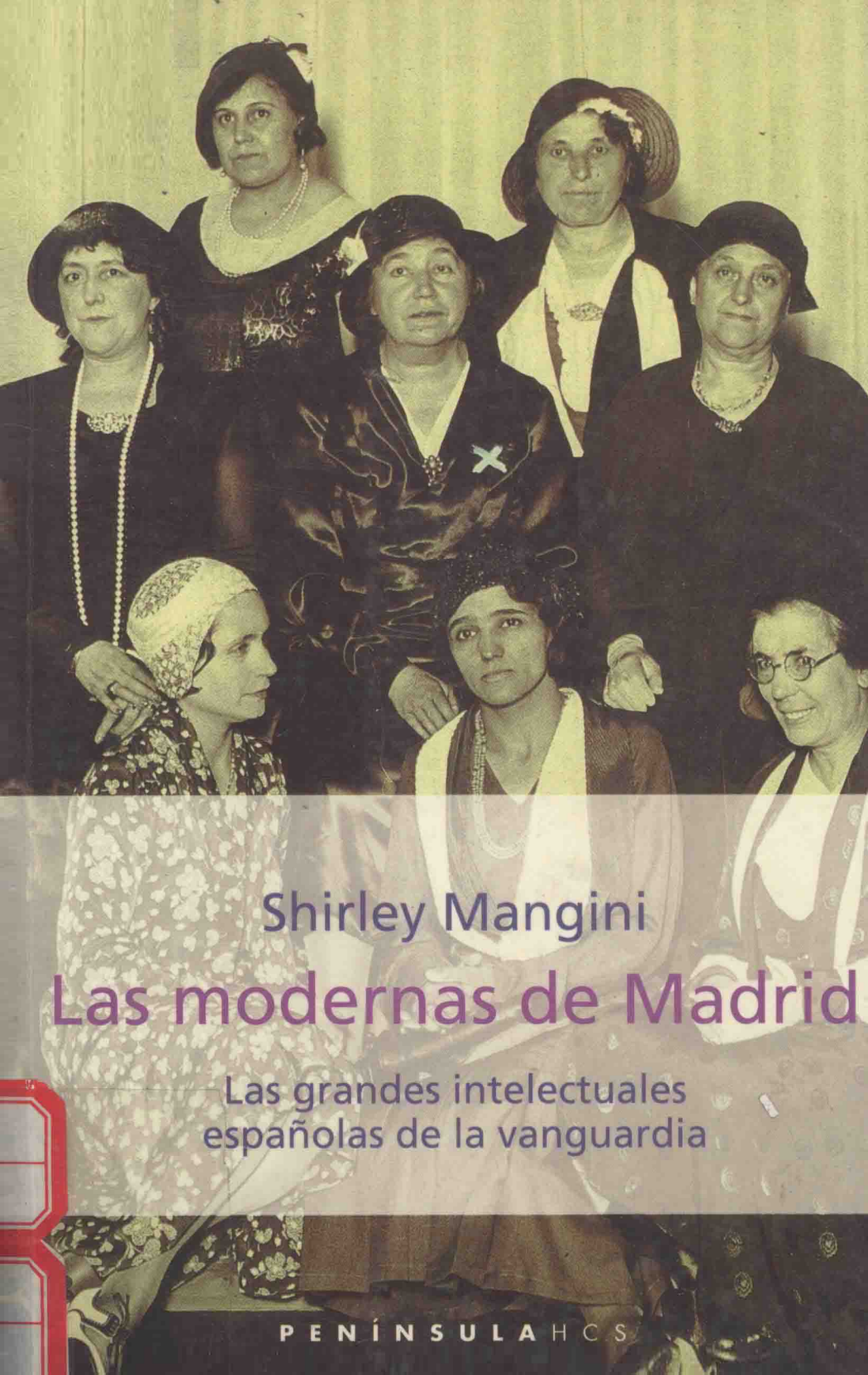




Shirley Mangini

Las modernas de Madrid

Las grandes intelectuales
españolas de la vanguardia

PENÍNSULA HCS

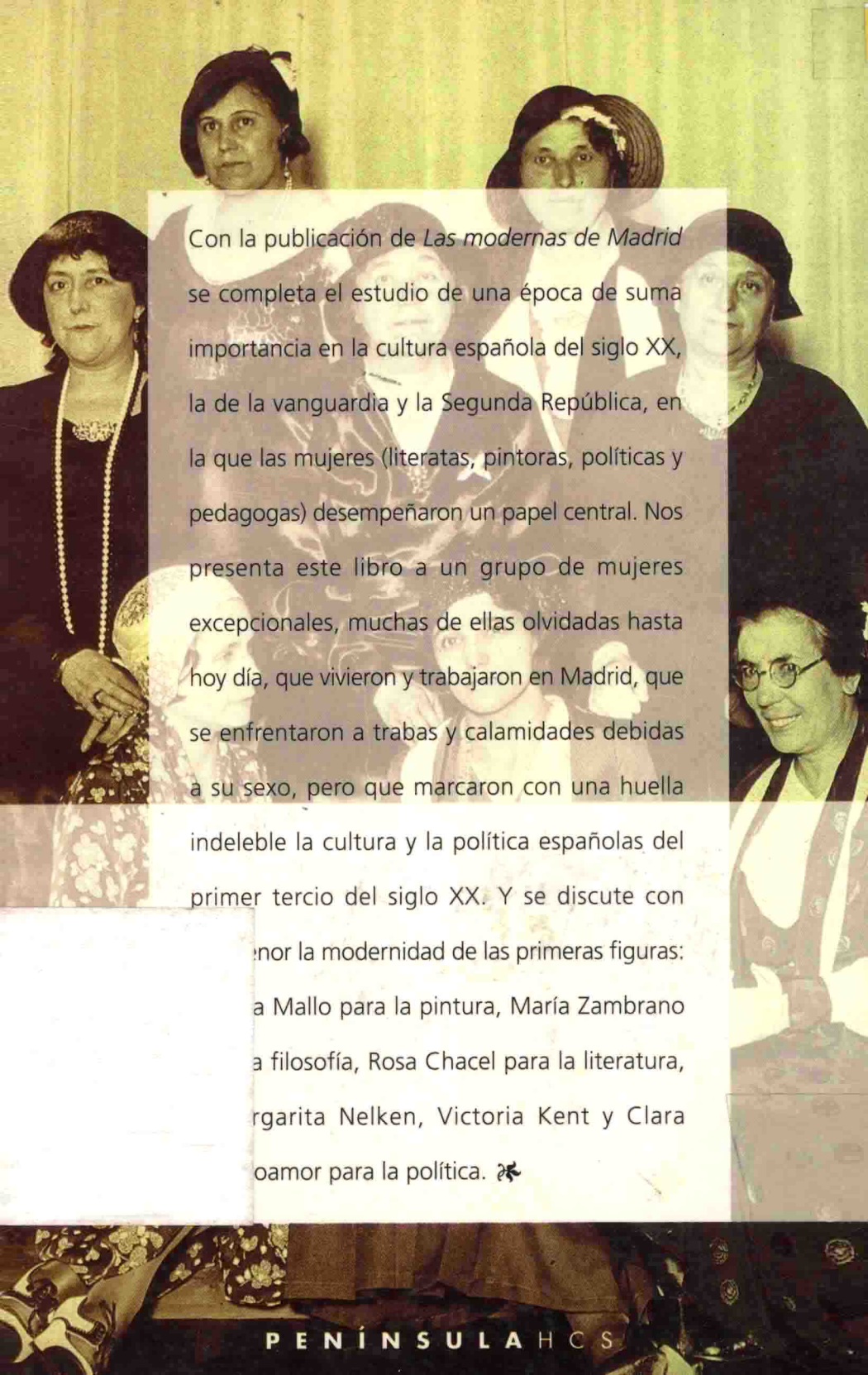


Shirley Mangini

Las modernas de Madrid

Las grandes intelectuales
españolas de la vanguardia

PENÍNSULA HCS



Con la publicación de *Las modernas de Madrid* se completa el estudio de una época de suma importancia en la cultura española del siglo XX, la de la vanguardia y la Segunda República, en la que las mujeres (literatas, pintoras, políticas y pedagogas) desempeñaron un papel central. Nos presenta este libro a un grupo de mujeres excepcionales, muchas de ellas olvidadas hasta hoy día, que vivieron y trabajaron en Madrid, que se enfrentaron a trabas y calamidades debidas a su sexo, pero que marcaron con una huella indeleble la cultura y la política españolas del primer tercio del siglo XX. Y se discute con mayor la modernidad de las primeras figuras: Clara Mallo para la pintura, María Zambrano para la filosofía, Rosa Chacel para la literatura, Margarita Nelken, Victoria Kent y Clara Campoamor para la política. ✱

SHIRLEY MANGINI

LAS MODERNAS DE MADRID

*LAS GRANDES INTELECTUALES
ESPAÑOLAS DE LA VANGUARDIA*

Ediciones Península

Barcelona

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos, así como la exportación e importación de esos ejemplares para su distribución en venta fuera del ámbito de la Unión Europea.

Diseño de la cubierta:
Albert i Jordi Romero.

Primera edición: enero de 2001.
© Shirley Mangini, 2001.
© de esta edición: Ediciones Península s.a.,
Peu de la Creu 4, 08001-Barcelona.
E-MAIL: correu@grup62.com
INTERNET: <http://www.peninsulaedi.com>

Fotocompuesto en Víctor Igual s.l., Còrsega 237, baixos, 08036-Barcelona.
Impreso en Hurope s.l., Lima 3, 08030-Barcelona.
DEPÓSITO LEGAL: B. 48.944-2000.
ISBN: 84-8307-323-4.

CONTENIDO

<i>Agradecimientos</i>	7
<i>Advertencias</i>	9
Introducción: Un milenio de Madrid y sus mujeres	11
I LAS PRECURSORAS Y LA POLÉMICA SOBRE LA EDUCACIÓN DE LA MUJER EN EL MADRID FINISECULAR	34
La educación de la mujer en el siglo XIX	35
Las principales precursoras de las modernas	39
Otras precursoras	47
Precursoras de la Generación del 98	52
Las institucionistas	72
II MODERNAS Y MISOGINIA	74
La Residencia de Señoritas	80
El Lyceum Club	88
Feminismo al estilo español	92
Misoginia ante la mujer moderna	97
III EL MOVIMIENTO MODERNO DE ENTREGUERRAS	113
Las modernas modernistas	116
Maruja Mallo, una moderna sin fronteras	118
María Zambrano	134
Rosa Chacel	146
Otras modernas de Madrid	160

CONTENIDO

IV DE LA VANGUARDIA AL COMPROMISO: LA TRANSICIÓN CULTURAL Y POLÍTICA	187
Las periodistas	193
Las parlamentarias	199
El voto por el sufragio femenino	216
<i>Bibliografía</i>	235
<i>Índice de nombres</i>	255

AGRADECIMIENTOS

Quisiera agradecer la generosidad del Ministerio de Asuntos Exteriores, que en 1995 me concedió una beca para iniciar la investigación que ha dado como fruto este libro; a los miembros del Programa para la Cooperación Cultural entre el Ministerio de Cultura de España y las universidades norteamericanas, que me proporcionaron una beca de estudio en 1998; a la California State University, Long Beach, que me ha apoyado a lo largo de los años; y al National Endowment for the Humanities, que me facilitó una beca para que pudiera terminar este libro.

También agradezco a las siguientes personas por su apoyo y sus opiniones: María Teresa Gallego Méndez, de la Universidad Autónoma de Madrid; Paul Preston, del London School of Economics; Vicky Munda, Dian Olsen y Alex Rambo, mis colegas en *Interlibrary Loan*, de California State University, Long Beach; Marisa Mediavilla Herreros y Lola Robles Moreno, de la Biblioteca de Mujeres en Madrid; Alfredo Valverde, de la Biblioteca de la Residencia de Estudiantes; y a mis amigas Milagros Fernández y María Kreger. Por último, quisiera agradecer a los editores de Ediciones Península su apoyo entusiasta a este proyecto.

ADVERTENCIAS

Éste no pretende ser un libro de crítica literaria ni un análisis sociopolítico de la España del primer tercio del siglo xx ni una hagiografía de mujeres españolas, sino una biografía colectiva que refleje las motivaciones e ideologías y los éxitos y derrotas de unas mujeres excepcionales que vivieron y trabajaron en Madrid en una época de grandes cambios y triunfantes avances para la sociedad española, especialmente para las mujeres. A pesar de la resistencia patriarcal, aquellos años en que la mujer empieza a tener voz propia en la capital representan el momento de más importancia para la historia de la mujer española hasta la vuelta de la democracia en 1977.

INTRODUCCIÓN

UN MILENIO DE MADRID Y SUS MUJERES

Sobre agua edificada, mis muros fuego son.

Madrid en el siglo ix: ¿Era Mayrit, Magerit, o Mageritah? El verdadero nombre de la capital española en sus principios es sólo uno de los misterios de sus orígenes. Fue fundada por el emir cordobés Muhammad I, ben Abde-rramán, para edificar una fortificación militar, o *almudaina*, donde hoy está el Palacio Real y sus alrededores. Se cree que Madrid fue ciudadela antes que ciudad, creada para la defensa de la taifa de Toledo, la gran urbe de la Marca Media. Al principio quizá vivieron allí unos dos o tres mil habitantes—casi todos hombres, claro está—dedicados a la vida militar y a la agricultura. En la ciudad, o *medina*, vivían los civiles, que si bien empezaron sirviendo a los militares, pronto empezarían a establecer comercios, talleres artesanos—de curtiduría y alfarería sobre todo—y hornos tejeros en los arrabales que rodeaban la fortaleza. Rico lugar de manantiales gracias al Manzanares y su fuente, el Guadarrama, perduró durante unos doscientos años bajo el poder del gran centro islámico, Córdoba, foco de una de las culturas más resplandescentes de la historia de Occidente. Desde la mezquita—hoy día Nuestra Señora de la Almudena—se podría haber oído la oración plañidera que se ofrecía diariamente a Alá, cuyos ecos llenarían el valle que es hoy el Campo del Moro.

De las mujeres del Madrid árabe casi no tenemos información. Sin embargo, sabemos que en Córdoba las mujeres estudiaban en la universidad y que muchas destacaron.¹ Pero Madrid era una de las numerosas zonas de defensa; pocas mujeres hubieran vivido allí al principio, con la excepción de prostitutas, que siempre se han encontrado en las zonas militares. La llegada de la gente que servía a las tropas motivó también la de sus familias. Es posible que estas primeras musulmanas «madrileñas» tuvieran mayores libertades que las cristianas posteriores, dados la mayor tolerancia religiosa y el interés que existía en cultivar a la mujer árabe.

1. Margarita Nelken, *Las escritoras españolas*, 31.

A finales del siglo *x*i (entre 1083 y 1086), cuando Mayrit gozó seguramente de su época cultural más esplendorosa, esta ciudadela amurallada y sus arrabales circundantes cayeron en manos del rey Alfonso VI de Castilla. Lentamente esta pequeña ciudad islámica fue perdiendo su personalidad árabe. Aislados en la zona llamada hoy día Las Vistillas y viviendo en pobreza a extramuros de la ciudad, los mudéjares que quedaron en Madrid fueron asimilando la cultura de los cristianos. Aunque tampoco hay datos sobre las mujeres mudéjares, parece evidente que éstas padecieron una doble opresión—por su sexo y por su condición social marginada—que soportarían después las judías.

La mezquita se convirtió rápidamente en iglesia. Los cristianos siguieron utilizando la muralla, incluso construyeron otra, esta vez para asegurar los tributos de sus séquitos. Madrid empezó a convertirse en una verdadera ciudad en la época medieval cristiana. El Madrid mercantil fue creciendo y en el siglo *xiii* empezaron a construirse algunas zonas que hoy todavía existen, como la Plaza de la Paja y la Costanilla de San Andrés. También el centro contemporáneo se fue edificando, con mercados y palacios. Era una época de plenitud económica; los trabajos de artesanía y de agricultura prosperaron bajo la protección de los reyes castellanos.

En cuanto a las primeras cristianas de Madrid tenemos algunos datos sobre las monjas de la fundación de Santo Domingo de Guzmán en el siglo *xiii*, pero una vez más, hay escasas noticias sobre las cristianas seglares de la baja Edad Media, con excepción de alguna mujer aristocrática y algunas juglaresas y cantaderas.² Sabemos de ciertas aristócratas que contribuyeron a la creación del Madrid prerrenacentista, como Catalina Núñez de Toledo, que en 1460 fundó un convento, estableciendo así un precedente que continuaría durante todo el Renacimiento: la fundación de locales femeninos por viudas adineradas y poderosas.

Con el fin de la Edad Media, empezaron a desaparecer las construcciones árabes, enterradas bajo la arquitectura renacentista, casi todas edificaciones religiosas. Con la llegada de los Reyes Católicos al trono (en 1474), aumentó—principalmente por la intervención de la reina Isabel—el interés por las cuestiones eruditas. Se inició entre la aristocracia el fenómeno de «las sabias». Casi todas estas mujeres cultas eran autodidactas; como veremos, esto aún sería habitual a principios del siglo *xx*. Sabemos de Lorenza Méndez de Zurita, sabia y poeta; Francisca de los Ríos, traductora a los doce

2. *Ibíd.*, 37.

años; y Francisca de Nebrija, que colaboró con su padre, Antonio de Nebrija—autor de la primera gramática castellana—, sustituyéndolo a veces en su cátedra en la Universidad de Alcalá.³ La mujer que mayor repercusión tuvo en la política de Madrid por aquel entonces, además de la reina Isabel—cuya actuación en la esfera pública fue excepcional y de sobra conocida—fue la humanista Beatriz Galindo (¿1475?-1535). Conocida como La Latina, enseñaba latín a Isabel la Católica y a sus hijos.⁴ A la muerte de su marido, el secretario de los reyes, Galindo fundó conventos y un hospital en el barrio llamado en su honor La Latina, urbanizando así la actual plaza de la Cebada, antiguo cementerio islámico.⁵

En 1561, Madrid se convirtió en capital del reino permanente bajo el reinado de Felipe II (1556-98), que no creía sensata la hasta entonces corte errante de los monarcas. Aunque Toledo hubiera sido el lugar más propicio por razones históricas, la enorme corte del rey se trasladó a Madrid. Entre las justificaciones estaban el aire limpio, la famosa agua, abundante y pura, y los molinos harineros que había en el Guadarrama. Además, se dice que la querida esposa de Felipe, Isabel de Valois, odiaba el feroz viento invernal del antiguo centro de la Marca Media. Y es de notar que históricamente Madrid era *tabula rasa* en el mundo cristiano, y este cruce de caminos iba a proveer de autonomía a este rey que quería inventar su propia historia.

Las mujeres que solían verse fuera de sus casas eran religiosas, prostitutas y algunas otras parias que vagabundeaban por Madrid; pero curiosamente, también en este tiempo había propietarias que administraban sus tierras. Las mujeres dominaban la industria del pan y abundaban vendedoras, hilanderas, tejedoras y taberneras que tenían trato con los hombres. El mercado suponía un escape del encierro doméstico al que estaban destinadas la mayoría de ellas desde la época medieval en adelante. Asimismo, tenían la posibilidad de salir gracias a los actos religiosos que se celebraban en la calle, sobre todo por las fiestas del Corpus. Y un detalle algo incongruente: se les permitía asistir a los autos de fe que se celebraban en la Plaza Mayor.⁶ Una vez casadas, muchas mujeres salían a pasear y frecuentaban el teatro. Todo

3. *Ibíd.*, 118-121.

4. Pero como señala Cristina Segura Graña, «la presencia de Beatriz en Madrid se dejó sentir en todos los espacios públicos y privados. No obstante, a pesar de sus continuas y reales intromisiones en espacios que no correspondían a una mujer, ella como su protectora la Reina Católica supieron mantener aparentemente la reclusión femenina en lo privado». *Los Espacios Femeninos en el Madrid Medieval*, 101.

5. Santos Juliá et al., *Madrid: Historia de una capital*, 69 y 128.

6. Cristina Segura Graña, *op. cit.*, 27.

esto inquietaba al patriarcado de modo profundo, que procuraba por todos los medios conseguir que aquellas volvieran a su *locus* apropiado.

Una mujer de fama en la corte por entonces fue Lucrecia de León, aunque su fama fue su némesis. Lucrecia estuvo durante un breve período de tiempo al servicio de la futura aya de Felipe III, doña Ana de Mendoza; conocía bien la corte y la ciudad de Madrid. Lucrecia había confiado a su protector, Alonso de Mendoza, detalles de sus sueños que presagiaban el desastre de la Armada Invencible en 1588, la muerte del rey y muchas otras noticias que Mendoza le animó a divulgar. Lucrecia fue detenida y torturada por la Inquisición por hablar de los sueños; después de una estancia en prisión, fue desterrada de Madrid. Tales videntes o visionarias habían sido tachadas de herejes o brujas desde principios del siglo xvi. Y esto seguiría ocurriendo en los siglos siguientes en que la Inquisición dominaba en la vida moral y política de España. Tenemos noticias de algunas religiosas que fueron condenadas por la Inquisición, como Sor María de San Jerónimo, del Convento de la Penitencia de Madrid y Sor Luisa de la Ascensión «la Monja de Carrión», que serviría en la corte de Felipe III.⁷ Otro caso famoso es el de la franciscana Sor María de Ágreda (1602-1655), confidente de Felipe IV.

Por supuesto, la cultura estaba en manos del patriarcado; sin embargo, las mujeres de alta alcurnia tenían cierto acceso al saber, como había sido el caso de Beatriz Galindo. Algunas poetisas en el Madrid áureo asistían a las Academias, «si bien rebozadas en sus mantos, por la moruna costumbre de no mostrar públicamente su rostro ante los varones».⁸ También competían con los hombres en certámenes. La escritora más destacada de la Edad de Oro fue María de Zayas y Sotomayor (1600-¿1650?), defensora de la mujer que mencionaremos más adelante. Para las demás, la «cultura» femenina consistía en fundar una familia, aprender a asistir a partos, freagar, cocinar y coser.

Felipe II convirtió esta pequeña urbe más bien rural en cordón umbilical de España y en capital de un vasto imperio. Madrid llegó a padecer una explosión demográfica tan grave que en 1607 los gobernantes pidieron a los habitantes que volvieran a su lugar de origen. A la corte acudían tanto mujeres como hombres en busca de trabajo; huían del desempleo y del hambre de la España rural. Claro que no todas las mujeres encontraban trabajo; éstas vivían en la calle y en los portales de casas y comercios, y eran consideradas

7. Margarita Nelken, *op. cit.*, 53-56.

8. José Deleito, *...También se divierte el pueblo (Recuerdos de hace tres siglos)*, 166.

generalmente prostitutas por su condición de solteras y vagabundas. Algunas llegaron a practicar la prostitución, otras se dedicaron a la vida picaresca, a hacer de celestinas, predicadoras u otros oficios. Para estas «mujeres perdidas», se crearon cárceles y otros medios para castigarlas y «desaparecerlas» de la vida pública.⁹

Los siguientes Austrias seguirían cambiando la faz de Madrid. Empezaron a expandirse los límites de la ciudad porque la población crecía incontroladamente. En 1561, había en Madrid de quince a veinte mil ciudadanos y dos mil quinientos hogares; el aumento precipitado de habitantes—en 1685, había 154.000—se debía al establecimiento fijo de la Corte en Madrid. *Historia breve de Madrid* analiza los sectores de la sociedad que rodeaban a la Corte: primero, los cortesanos nobles y funcionarios burgueses o letrados; en segundo lugar, la nobleza o la aristocracia (en el siglo xvii, más de un cuarto de la población); y en tercer lugar, el clero: frailes, monjas, clérigos y eclesiásticos.¹⁰

Era imposible planificar porque brotaban residencias y comercios con asombrosa rapidez. La Puerta del Sol, que había sido el centro socioeconómico desde el siglo xv, se creó espontáneamente. Pero el otro centro urbano en la época de los Austrias era la Plaza Mayor, eje de la actividad mercantil. Creada por el arquitecto Juan Gómez de Mora, que concibió el espacio rectangular paralelo a la gran calle Guadalajara, hoy día Calle Mayor, fue uno de los grandes logros arquitectónicos de la casa de los Austrias. De sus espléndidos balcones desde la Casa de la Panadería, los reyes presenciaban los muchos espectáculos y actos allí celebrados, entre ellos, ceremonias reales, fuegos artificiales, corridas de toros, representaciones teatrales, beatificaciones de santos y los macabros autos de fe. El Palacio del Buen Retiro rivalizaba con el antiguo Alcázar Real, donde hoy está el Palacio Real. Y la fundación de conventos seguía en manos de mujeres aristócratas. El Monasterio de las Descalzas Reales fue fundado en 1547 por Juana de Austria, hija de Carlos V, y el Convento de la Encarnación, por la esposa de Felipe III en 1616.

Entre mentideros y mercados, las arterias congestionadas de la Plaza Mayor y la Puerta del Sol, comunicadas por la calle Guadalajara, tenían una concentración de gente sumamente diversa—desde damas aristocráticas¹¹ a

9. Véase Isabel Barbeito, ed., *Cárceles y mujeres en el siglo XVII* y Pilar Tenorio Gómez, *Las madrileñas del mil seiscientos: imagen y realidad*, 32-35.

10. Fidel Revilla et al., *Historia breve de Madrid*, 98-99.

11. Estas damas sobre todo paraban en las calles de las bagatelas, entre San Miguel y Sol, y era costumbre que si una mujer interesante hacía señales a un hombre de aspecto próspero

alcahuetas, desde vendedores a galanes—, todos exhibiéndose, comprando o vendiendo sus mercancías, que iban desde joyas o rábanos hasta los deleites de la carne. Como un microcosmos del gran circo matritense, se mezclaba la crema de la sociedad con los más indeseables o desafortunados. Deambulaban los ociosos de la corte igual que los mendigos—casi la cuarta parte de la población entonces—y otros desempleados, especialmente por la calle Mayor, «haciendo la rúa». En el Madrid barroco callejero, al margen de la sociedad y perseguidas asiduamente por la ley estaban las gitanas (y gitanos), las hechiceras y las prostitutas.¹²

El Paseo del Prado era otro lugar de constante confluencia; si bien se paseaban en él sobre todo aristócratas porque no era lugar de mercancías, era lugar de reunión entre damas de faz escondida y «lindos» o señores de clase alta. Este recinto de encuentros honestos (y deshonestos) atraía asimismo a las prostitutas, pues hallaban en él el disfraz conveniente para la discreta exposición de sus encantos. En las orillas del Manzanares, como ya se ha señalado, lugar popular que sería retratado posteriormente en múltiples cuadros de Goya, había lavanderas chismosas y mujeres que se bañaban desnudas.¹³ Prosperaba la picaresca, tal como cuentan los autores de libros de viajes sobre Madrid, que enumeran los diversos métodos para engañar a los emigrantes recién llegados y a los viajeros foráneos. En estos libros también se habla de crímenes violentos, muchas veces perpetrados por amantes celosos.

Sin transporte hídrico, ya que el Manzanares nunca fue un río de gran caudal, los productos de consumo—con la excepción de los limitados artículos provenientes de la pequeña industria artesanal madrileña—eran importados y muy costosos. Casi todo llegaba por acémila, produciendo unos atascos de tráfico que hubieran podido rivalizar con los de la M-30 el domingo por la noche. Hasta traían nieve de la sierra para refrescar las bebidas y hacer sorbetes. A pesar de que Madridapestaba por su deficiente sistema sanitario, gracias al sofisticado sistema hídrico que los árabes habían dejado, los madrileños seguían gozando de un agua pura y sana.

El Madrid barroco, el centro de la decadencia y despilfarro de los mo-

12. Véase Pilar Ríos Izquierdo, «Mujeres marginadas», en *Mujer y sociedad en el siglo XVII a través de los avisos de Barrionuevo*, 63-82. 13. Marcelin Defourneaux, *op. cit.*, 70.

cuando estaba ante un escaparate de joyería, él se sentía obligado a obsequiarle con algún regalo de la tienda. Se practicaba el mismo tipo de solicitud—ya no de joyas, sino de comida—entre la gente en las riberas del Manzanares. Cf. Marcelin Defourneaux, *La vida cotidiana en la España del Siglo de Oro*, 69-71.